

THE HORUS HERESY®

Dan Abnett

PROSPERO EN LLAMAS

Los lobos atacan



timunmas

THE HORUS HERESY™

PROSPERO
EN LLAMAS

Dan Abnett

timun**mas**

Título original: *Prospero Burns*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Prospero Burns, Prospero en llamas, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2011 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2010, 2011

© De la traducción Games Workshop Limited. 2011. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2011, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0323-7
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 2.264-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Al llegar la primavera

La muerte los tenía rodeados.

Había llegado para cortar hilos de vida, y aquel día mostraba cuatro rostros.

Era una muerte ardiente para aquellos que estaban demasiado heridos o demasiado temerosos como para abandonar el asentamiento mientras la tormenta de fuego lo arrasaba. Una muerte helada para aquellos que huyeron corriendo hacia arriba por la escarpadura para evitar el asesinato. Incluso en plena primavera, el viento llegaba desde las planicies de hielo con un filo cortante que arrancaba el calor de los pulmones a cualquiera que quedara expuesto, y que le pudría las manos y los pies hasta dejarlos convertidos en ramitas ennegrecidas para acabar transformándolo en un fardo rígido y duro como la piedra cubierta de escarcha.

Para otros era una muerte por ahogamiento si intentaban huir sobre el hielo azul que rodeaba la lengua de tierra. La primavera ya había comenzado a actuar sobre el hielo marino de la orilla y lo estaba soltando poco a poco, como una muela se aflojaría en la encía. El hielo ya no sería capaz de soportar el peso de una persona, al menos, de forma fiable. Si el hielo se partía, uno se hundía sin remedio. Con rapidez si lo atravesabas directamente, y con aterradora lentitud si la placa de hielo se volcaba y hacía que te deslizaras hacia tu fin. En cualquiera de los dos casos, el agua que esperaba abajo era negra como el aceite, y estaba tan fría que los pensamientos se congelarían en el cerebro antes incluso de que los pulmones quedaran vacíos.

Para los demás, para los que se quedaron a combatir, era una muerte sangrienta. La muerte que te derribaba con fuerza contra el hielo cuando

una maza o una hacha te golpeaba y te hacía sentir el calor ardiente de tu propia sangre y el dolor aullante de la herida que te dejaba indefenso. Ésa era la muerte que se alzaba sobre ti y te golpeaba una y otra vez, una y otra vez, tantas veces como fuera necesario para que no te levantasas nunca más, o hasta que quedabas tan desfigurado que la muerte ya no era capaz de mirarte y se apartaba asqueada en busca de otra alma con la que acabar.

Cualquiera de esos cuatro rostros de la muerte te cortaría el hilo vital en cuanto te mirara, y éstos eran los rostros que traía la tribu de los balt.

Los balt. Eran ellos quienes habían llevado la muerte al aett de los ascommani. Veinte botes. Era muy pronto, demasiado temprano en la estación para una incursión. Un individuo tenía que estar desesperado para salir a volver roja la nieve cuando podía esperar a las primeras hierbas y a una temperatura más favorable.

Veinte botes, y todos preparados para navegar sobre el hielo con las velas izadas.

Si hubieran tenido tiempo para ello, los ascommani se habrían preguntado el motivo por el cual su fin llegaba tan temprano. La Tierra del Hierro, donde se encontraban los asentamientos de los balt, se había mantenido firme durante veinte largos años, pero muchos habían empezado a decir que sus raíces se habían reblandecido. Muchos decían que ya sólo duraría un verano más, dos como mucho, y que después el mar se la tragaría de nuevo para llevarla a la forja del mundo.

La tierra de los ascommani iba desde la punta de la lengua de tierra hasta la banquisa de hielo. Era difícil de cultivar, y carecía de defensas naturales, pero sólo tenía un año, y los zahoríes habían proclamado que era un terreno bien asentado, con muchos años por delante.

Así pues, había ansia de tierra. Quizá se trataba de eso.

Fith sabía la verdad. No había nada que impulsara las ganas de matar como el miedo, y no había nada que atizara tanto el miedo como un mal augurio. Una estrella con cabellera. Una estrella diurna. Color en el hielo. Una enorme flor en el mar. Humo en la banquisa de hielo donde no había asentamiento alguno. Una criatura muerta que acabó en la orilla y que no debería existir. Algo nacido de ganado o de mujer que no debería existir. Algo con defectos de nacimiento.

Algunas veces, un mal sueño era suficiente, un mal sueño que te decía que la tribu que vivía un poco más abajo a lo largo de la costa o de la punta de tierra era maleficarum. Dejabas que el ansia de sangre te sirviera como excusa mientras te ponías la cota de malla y empuñabas la

espada, pero te asegurabas de que el gothi de la tribu te cubriera la cara con marcas de salvaguarda trazadas con ceniza mezclada con cola, marcas como el disco solar o el ojo protector, antes siquiera de desplegar las velas.

Y, sin duda, se había producido un mal augurio. Fith lo había visto.

También había sido el primero en ver el asalto. Había visto las velas acercarse a lo largo de la orilla interior con suficiente antelación como para que le diera tiempo a soplar el cuerno de alerta, pero ya era demasiado tarde para que sirviera de algo. Eso sólo le había permitido a su tribu morir despierta.

La partida de ataque de los balt había rodeado la lengua de tierra en sus botes de piel de dragón en la luz grisácea y ciega previa al amanecer. Habían cruzado directamente del océano a la orilla de hielo con sus velas negras, sobre las plataformas, y pasado de navegar en el mar a hacerlo sobre la banquisa con una leve sacudida. Sus vanguardia había llegado desde el otro lado de la franja de tierra, y cruzaron las crestas de las dunas de hielo para caer sobre el asentamiento ascommani desde su parte posterior.

Después de aquello, todo habían sido llamas y golpes. Los balt eran unos individuos enormes, de rostros alargados y barbas peinadas con cera para que formaran un dibujo de rayos de sol bajo los cascos con placas faciales equipadas con lentes. Eran terriblemente eficaces con hachas y mazas, y con las escasas espadas empuñadas por los individuos de mayor rango social.

Sin embargo, no se comportaron con la violencia aullante habitual en las incursiones o en los asaltos de castigo de los balt. Atacaron en silencio, aterrorizados por lo que habían acudido a matar, aterrorizados por la magia del cielo. Se mantuvieron en silencio y actitud ceñuda, decididos a matarlo todo para anular la magia. Hombres, mujeres, niños, ganado, nada se libró de sus golpes. No hubo el más mínimo atisbo de piedad. A nadie se le ocurrió hacer prisioneros o tomar esclavos. Las mujeres de los ascommani eran famosas por su belleza, y también había muchas jovencitas saludables que con el tiempo se podrían convertir en valiosas esclavas de cría, pero los balt habían dejado a un lado cualquier deseo que no fuera el de matar para verse libres de aquel tremendo miedo.

El sonido de una hacha al golpear es un chasquido húmedo de carne al abrirse y un golpe sordo de hueso al partirse, semejante al de la madera joven al ser cortada. Una maza hace un sonido amortiguado parecido al de un martillo al clavar estacas en la marga o en hielo blando. Lo peor, en cualquiera de los dos casos, eran los sonidos que se producían a continuación. Los chillidos de los agonizantes, los aplastados y los moribun-

dos. Los gritos suplicantes de los heridos y mutilados. Los impactos cortantes de la muerte, que caían una y otra vez hasta que los caídos dejaban de estar vivos, o sus cuerpos dejaban de intentar levantarse, o dejaban de gritar o dejaban de estar completos.

Fith tuvo el tiempo justo de ponerse la cota de malla y de empuñar el hacha. Unos cuantos hersir más se agruparon armados a su alrededor y se enfrentaron a los primeros invasores que subían por el muro y se colaban a través de las rendijas de las ventanas. El pánico ya se había extendido. Eran las carreras enloquecidas y a ciegas en la oscuridad, el hedor a orina, los primeros rastros de humo en el aire.

El hacha estaba equilibrada para ser utilizada con una sola mano, y era una herramienta de excelente manufactura, con una cabeza de hierro de alta calidad que pesaba tanto como un recién nacido. La sonrisa que formaba el filo de la hoja medía de un extremo a otro más que la palma de una mano, y había pasado por la piedra de amolar la misma noche anterior.

El hacha es una herramienta de mecanismo muy sencillo, una palanca que multiplica la fuerza de tu brazo para transmitirla a la fuerza del choque de la hoja. Este sencillo mecanismo se aplica tanto si se corta madera como si se cortan personas.

El hacha de Fith era una cortadora de huesos, una rompedora de escudos, una reventadora de cascos, una segadora de hilos de vida. Era un hersir del aett ascommani, y sabía muy bien cómo combatir.

El combate era una lucha a degüello en el propio asentamiento. Fith mató a dos guerreros balt y los derribó de espaldas desde el muro, pero la estrechez del lugar le impedía blandir con eficacia su arma. Supo que tenía que salir de ahí. Avisó a gritos a los hersir que estaban con él, y todos retrocedieron.

Bajaron del muro y se adentraron en la explanada central del asentamiento, envuelta ya por las nubes de humo negro, y allí se enfrentaron cara a cara con los guerreros balt de cascos provistos de lentes. Fue una locura. Una lucha sin cuartel. Las armas afiladas giraron en el aire como las aspas de un molino en mitad de una tormenta.

Fenk cayó al suelo cuando una hacha balt le abrió la pantorrilla de arriba abajo de un solo tajo. Aulló de rabia cuando la pierna le cedió, completamente inutilizada. Un par de segundos más tarde, una maza le dio de lleno en la cabeza con tanta fuerza que le dobló el cuello y se lo partió, cortándole el hilo de la vida. Se desplomó, inerte, en el suelo, con la cabeza destrozada expulsando sangre a chorros.

Fith hizo retroceder a un balt armado con un martillo, atemorizándolo con los molinetes silbantes que hacía con el hacha en el aire.

Ghejj intentó proteger el costado de Fith utilizando las tácticas básicas de una pared de escudos, pero no había tenido tiempo de sacar un escudo en condiciones del almacén y sólo se defendía con un cuadrado de prácticas que había conseguido en el campo de entrenamiento. Una lanza lo atravesó de lado a lado, y lo rajó de tal manera que las entrañas se le escaparon para caer a la nieve como un montón de salchichas. Ghejj intentó recogerlas, como si le fuera posible reunir las y metérselas de nuevo para que todo volviera a la normalidad. Los intestinos humearon bajo el aire primaveral. Gritó por el tremendo dolor. No pudo evitarlo. Sabía que estaba muerto.

Miró a Fith al mismo tiempo que volvía a gritar. Esta vez no fue por el dolor. Lo hizo enfurecido, porque se sabía irremediamente muerto.

Fith lo golpeó, misericorde, para poner fin a su sufrimiento.

Fith dejó atrás la última imagen que había visto de Ghejj y vio que había dedos esparcidos por la nieve, en la misma nieve revuelta por los pies que la habían pisoteado y que habían resbalado sobre ella, además de enrojecida por la sangre derramada sin cesar. Eran dedos de mujeres y de niños, de unas manos alzadas para protegerse, de heridas defensivas.

Vio un poco más allá, también en la nieve, la mano de un niño, entera y perfecta. Reconoció la marca del anillo que llevaba puesto. Conocía al niño al que pertenecía aquella mano. Conocía al padre de aquel niño.

Fith sintió que una neblina roja le inundaba por completo la cabeza.

Un balt se dirigió a él en silencio y con actitud decidida. Fith sopesó un momento el arma, luego la blandió con rapidez y le abrió la cara al balt de un extremo a otro con un profundo tajo.

Quedaban cuatro hersir: Fith, Guthox, Lern y Brom. No se veía señal alguna del jefe del aett. Probablemente estaría muerto y boca abajo sobre la nieve roja, lo mismo que todos sus huscarls.

Fith olió la sangre. Era tremendamente asfijante, un hedor caliente y cobrizo que sobrecargaba el helado aire del amanecer. También le llegó el olor de las entrañas de Ghejj: de los intestinos, del contenido del estómago reventado, la grasa amarillenta de la barriga, el calor de su vida.

Fith supo que había llegado el momento de marcharse.

El upplander se encontraba en el refugio más alejado. Incluso los ascommanni sabían que había que mantenerlo apartado de la gente.

Lo encontró recostado contra los cojines.

—Escúchame bien. ¿Me entiendes? —le dijo Fith con voz sibilante.

—Te entiendo. Mi traductor funciona —le contestó el upplander con la cara pálida.

—Los balt están aquí. Son veinte barcos. Te matarán a golpes. Dime, ¿quieres la piedad de mi hacha?

—No, quiero vivir.

—¿Puedes caminar?

—Quizá. No me dejéis aquí. Le tengo miedo a los lobos —le contestó el upplander.

No hay lobos en Fenris.

Cuando al upplander le dijeron aquello años atrás, se había echado a reír.

Se lo había oído decir a un conservador y erudito venerable, que más tarde se convirtió en un iterador célebre, llamado Kyril Sindermann. El upplander, que muy poco antes se había graduado con notas excelentes en el Universariado de Sartis, se había ganado una deseada plaza en una misión de ocho meses de duración para investigar y preservar algunos arcanos núcleos de datos de NeoAleksandrya, antes de que las tormentas de arena y las borrascas de radiación abrasadora arrasaran las valiosas ruinas y las borrarán para siempre del vacío melancólico de la zona de Nordáfrika. Eso ocurrió muchas décadas antes de que el upplander decidiese ir a Fenris o hacerse llamar Ahmad Ibn Rustah. En aquel entonces tenía veinticinco años y sus amigos lo conocían por el nombre de Kasper.

Sindermann se aprendió su nombre desde el principio. No era el jefe del proyecto. Lo habían enviado para una simple consulta de tres semanas, pero no tenía reparos en mancharse las manos o en departir con los miembros de menor rango del equipo. Se comportaba de un modo afable con las personas, y los nombres de cada una de ellas eran importantes para él.

Una noche, el equipo se enzarzó en una discusión, como era habitual, durante la cena que tomaban en la base del proyecto, una estación modular construida en alto de modo que conectara con las ruinas de la biblioteca.

Estaban exhaustos. Todos habían trabajado durante unos turnos excesivamente prolongados para lograr cumplir los fines de la misión. Nadie quería que las valiosas memorias digitales que albergaban las ruinas se perdieran para siempre.

Por ello, todo el mundo estaba quemado por la arena ardiente, a todos les faltaban horas de sueño y habían perdido masa corporal debido a la falta de hidratación. Las noches deberían haber sido un tiempo para tomarse un descanso reparador, pero sus sueños se habían visto acosados por los fantasmas de datos de NeoAleksandrya, unos espíritus comunicativos que no dejaban dormir a los seres vivos. Así pues, se mantenían despiertos para no permitir acercarse a esos fantasmas, y las noches se convirtieron en largas veladas de compañías agotadas y de reflexiones sobre los vientos cortantes que aullaban sobre la tumba radiactiva de NeoAleksandrya y asaltaban los contrafuertes antitormenta herméticamente cerrados.

Hablaban de todos los temas posibles con tal de no dormirse. Sindermann, quizá el mejor polimatématico que el upplander jamás tuviera el honor de conocer a lo largo de toda su prolongada vida, era un conversador incansable.

Los miembros de mayor edad del equipo hablaron sobre los distintos lugares que habían visitado a lo largo de sus carreras, y los más jóvenes, de los lugares que querían o que todavía esperaban visitar. Aquello llevó, de forma inevitable, a la redacción de una lista de deseos, el itinerario soñado por cualquier erudito, historiador o rememorador, y que incluía los principales lugares de toda la creación conocida. Cualquiera de ellos daría buena parte de sus riquezas o una parte de su cuerpo con tal de echar un simple vistazo. Era una lista con los lugares secretos del universo, con sus maravillas más remotas, sus rincones más enigmáticos, sus escenarios improbables y sus yacimientos más míticos. Fenris formaba parte de aquella lista. Irónicamente, dado lo que el upplander presenciaba hacia el final de una de sus vidas, Tizca también estaba en esa lista.

Sindermann, aunque era un individuo de mucha edad y experiencia, no había estado nunca en Fenris. El número de extranjeros que habían visitado Fenris era increíblemente pequeño. Claro que, tal y como lo había expresado el propio Sindermann, Fenris no era un planeta que diera precisamente la bienvenida a sus visitantes, ni era un anfitrión amable. Debido a las extremas condiciones naturales, incluso un individuo bien preparado tendría suerte de sobrevivir unas pocas horas en terreno abierto.

—A pesar de eso, pensad en todo ese hielo —les había comentado Sindermann.

La temperatura en la base de investigación alcanzaba los cuarenta grados, incluso en plena noche, cuando el centro de control de clima se

estropeaba. Todos soltaron exclamaciones quejumbrosas ante el comentario sarcástico de Sindermann.

Luego, sin motivo aparente, éste hizo la observación sobre los lobos, un comentario que había llegado hasta él a través de una cadena de viajeros e historiadores tan larga que su procedencia exacta era imposible de rastrear.

—No hay lobos en Fenris —se había limitado a decir.

El upplander sonrió, esperándose alguna ocurrencia divertida. Su sonrisa ocultó el estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—A excepción, claro, de... los propios lobos, ¿no? —le contestó.

—Exacto, Kasper —le confirmó el anciano.

El tema de conversación no tardó en cambiar, y el comentario quedó olvidado.

A Fith no le apetecía mucho tocar al upplander, pero no iban a llegar muy lejos sin un brazo que lo sostuviera para que pudiera caminar. Irguió un poco al individuo, y el upplander lanzó un grito por el lanzazo de dolor.

—Pero ¿qué haces? ¡Déjalo ahí! —le gritó Brom.

Fith soltó un bufido. Brom sabía muy bien que no podía hacerlo. No se trataba de que a Fith le apeteciera arrastrar al upplander, pero era lo que había que hacer con los augurios. No se los invitaba a tu aett, pero una vez estaban allí, no se los podía dejar de lado.

Fith era tan incapaz de dejar abandonado al upplander como los balt de no llevar a cabo los planes de matanza que habían iniciado esa medianoche.

Lern se les acercó y lo ayudó a llevar al herido. Los refugios del aett estaban envueltos en llamas y cubrían el pálido cielo del amanecer con unas gruesas columnas de humo negro. Los balt no habían dejado de cortar hilos de vida. De vez en cuando, unos gritos agudos de dolor y de angustia cruzaban el aire como flechas silbantes.

Corrieron a lo largo del borde de la escarpadura sin dejar de tropezar debido a la carga que suponía el herido. Guthox y Brom los seguían sobre la nieve con grandes amplias zancadas para avanzar mejor. Brom había conseguido una lanza en algún momento de la lucha. Un puñado de guerreros balt salieron en su persecución, y los siguieron como perros de caza, encorvados y a grandes saltos.

Guthox y Brom se dieron media vuelta para hacerles frente. El hacha de Guthox derribó al primero de ellos y provocó un chorro de sangre de cinco metros que salpicó el hielo a su alrededor. La punta de la lanza

de Brom dio de lleno en la mejilla de otro enemigo y se la arrancó, como si no fuera más que un trozo de trapo, acompañada de un buen puñado de dientes, que cayeron con la misma facilidad que los granos de una espiga. Brom mató a su oponente con el otro extremo de la lanza de un golpe en la cabeza mientras caía agarrándose el lado desgarrado de la cara.

Los balt los rodearon y se mantuvieron a distancia de la lanza de Brom. Fith dejó que Lern cargara con todo el peso del upplander y se dio media vuelta. Pasó corriendo al lado de Brom, lanzado en una carga aullante, y le rebanó la parte superior del cráneo a un balt con el hacha que blandía en círculos. Aquello lo cambió todo. Los balt se lanzaron contra ellos sin importarles la lanza. Intentaron utilizar los escudos para mantener la punta del arma lejos de sus caras, y uno de ellos recibió casi de inmediato un lanzazo en pleno esternón. Se oyó un crujido parecido al de la madera al partirse cuando la punta de hierro le atravesó el pecho, y el guerrero vomitó un chorro de sangre. Pero la lanza se quedó clavada, y el peso muerto del balt se la arrancó a Brom de las manos, quien retrocedió trastabillando sin otra arma para protegerse que un cuchillo largo.

Guthox utilizó su hacha para romper un escudo y el brazo que lo sostenía, y luego derribó a su oponente de un hachazo en el cuello. Después se volvió para desviar el ataque de otro enemigo con la parte ancha de la hoja del arma, pero el balt era grande y fuerte, y obligó a Guthox a retroceder encadenando una serie de golpes demoledores.

Fith todavía conservaba el impulso de la carga. Derribó a otros dos oponentes. A uno de ellos lo dejó desangrándose en la nieve, y al otro completamente aturdido, así que se volvió justo a tiempo de ayudar a Guthox, y clavó la aguzada punta del mango del hacha en la espina dorsal del enorme balt que estaba acosando a su amigo.

Fith sacó la punta del hacha con un gruñido feroz y el balt se desplomó de bruces en la nieve. Brom estaba acabando con otro con una serie de puñaladas feroces. El balt lo había herido en el primer ataque, pero cometió el error de acercarse demasiado al cuchillo largo del hersir.

Volvieron corriendo hasta donde Lern los estaba esperando con el upplander. Brom había recuperado su lanza, pero dejaba un rastro de nieve roja a su espalda.

El upplander jadeaba por el esfuerzo. El calor escapaba a vaharadas de su boca, abierta de par en par. Bajo la capa de tormenta que le habían prestado llevaba unos ropajes confeccionados con tejidos que ni Fith ni los suyos conocían. La caída desde el cielo había dejado maltrecho al upplander. Fith supuso que se le habían roto unos cuantos huesos, aun-

que jamás había visto el interior de un upplander, así que no sabía si sus cuerpos eran iguales a los de los ascommani, a los de los balt o a los de los habitantes de los demás aett.

En realidad, Fith no había visto a un upplander en toda su vida. Jamás se había visto involucrado con un augurio tan malo como aquél. Se preguntó qué le habría ocurrido al gothi del aett. Se suponía que debía de ser un individuo sabio, y también se suponía que tenía que utilizar esa sabiduría para dirigir y salvaguardar el wyrd del aett.

No lo había hecho nada bien. El gothi no había sabido qué hacer con el upplander cuando los hersir lo habían llevado ante su presencia después de rescatarlo del lugar donde había chocado, y seguía sin saber qué hacer después de aquel primer encuentro, a excepción de sacudir los abalorios de hueso y su escudilla llena de dientes de peces, además de suplicarle a los espíritus con los mismos cánticos cansinos de siempre, rogándoles para que bajaran de las Tierras Superiores y se llevaran consigo a aquel de los suyos que estaba entre los ascommani.

Fith creía en los espíritus. Tenía una fe firme en su existencia. Creía en las Tierras Superiores, donde vivían los espíritus, y en el Subniverso, donde moraban los espectros. Era a lo único que se podía aferrar cualquiera en el paisaje cambiante del mundo de los mortales, pero también era un individuo pragmático. Sabía que había momentos, especialmente cuando el hilo de la vida estaba tan tenso que se podía partir, en los que uno tenía que hacer su propio wyrd.

Los ascommani guardaban todos sus barcos en una cuenca situada a tres tiros de flecha del aett. Era un pequeño cráter de hielo abierto al mar en la parte norte de la lengua de tierra, y tenían más de diez naves allí. La mayoría se encontraban sobre bloques sacados del hielo para que los hombres del aett pudieran trabajar durante las horas de luz diurna para quitarles las plataformas de deslizamiento y prepararlas para las aguas primaverales. Una de ellas era la nave del propio jefe del aett, que se encontraba preparada para partir en cualquier momento. A aquello se le llamaba «mantenerla clavada». Al igual que se colocaba la hendidura del extremo de una flecha en la cuerda del arco y se mantenía lista para ser disparada, el bote del jefe permanecía sobre los patines en el hielo duro, con todo el velamen preparado para desplegarse y llenarse de viento, y sólo las maromas de anclaje le impedían moverse.

—¡Meteos en el bote! —les ordenó Fith mientras bajaban deslizándose por la pendiente en dirección al borde de la cuenca.

—¿Qué bote? —le preguntó Lern.

—¡En el del jefe! —le replicó Fith.

—Pero es el bote del jefe... —dijo Guthox con cautela.

—Él no va a necesitarlo ya —insistió Fith—. Al menos, no tanto como nosotros.

Guthox lo miró sin parecer comprenderlo.

—El jefe ya debe de estar durmiendo sobre la nieve roja. Súbete ya al bote, idiota —le bufó Fith.

Todos se subieron al bote y dejaron al upplander sobre la proa. Los balt comenzaron a aparecer sobre la cresta de la ladera, y los hersir oyeron los zumbidos de las primeras flechas.

Fith desplegó las velas, y éstas se llenaron al instante. La tela chasquéó con un sonido semejante a un trueno cuando recibieron el aliento de la tierra. Aquella mañana soplaba un fuerte viento cargado de nieve, pero él apenas lo había notado hasta ese momento. Las cuerdas de anclaje crujieron y se tensaron cuando el bote se revolvió levemente sobre el hielo, impaciente por deslizarse sobre su superficie.

—¡Cortad los cabos! —gritó Fith.

Guthox lo miró desde la popa, donde el tirón del viento hacía que los tenos cabos rozaran contra la regala del bote.

—¿De verdad que no va a venir? —insistió.

—¿Quién?

—El jefe. ¿Viste cómo le cortaban su hilo?

—Ya estaría aquí si tuviera que venir —le replicó Fith.

Oyeron unos chasquidos fuertes, semejantes a los de las ramas verdes al abrirse en una hoguera. Las puntas de hierro de las flechas se clavaban en el hielo alrededor del bote y levantaban pequeños surtidores de escarcha o perforaban directamente la corteza azul oscuro de la superficie helada. Dos de las flechas impactaron en el bote, y una de ellas se clavó en el mástil principal la profundidad equivalente a un antebrazo humano.

—¡Cortad los cabos! —aulló de nuevo Fith.

Guthox y Lern cortaron los cabos con las hachas y el bote salió disparado como un animal que huyera, con las velas hinchadas y tan rígidas como el hierro. La sacudida los hizo caer sobre la tablazón del fondo. Los patines de filo metálico del soporte para el hielo chirriaron al deslizarse sobre la superficie helada de la pequeña cuenca.

Lern tomó el timón. Era el mejor timonel de todos ellos. Rodeó con el brazo la caña y se la colocó bajo la axila para apoyar todo el peso del cuerpo y clavar el extremo de la pala en el hielo al mismo tiempo que

equilibraba la tensión de las jarcias de las velas de ambas bordas, una con cada mano. Controlar una nave como aquélla era una batalla tanto de fuerza como de ingenio. Una mala decisión, un aflojamiento en una de las velas laterales, un empuje demasiado forzado del timón principal, y la combinación de hielo pulido y de viento inmisericorde serían capaces de hacer volcar incluso la nave de mayor tamaño hasta convertirla en leña para la hoguera.

Salieron de la cuenca y cruzaron la lengua de hielo que atravesaba el saliente de granito que daba al mar abierto. Sólo que no era un mar de agua. Ya había pasado la época del frío glacial más intenso, y la temperatura ya estaba subiendo, pero la zona de mar situada a lo largo de aquella ensenada seguía reflejando el cielo como un espejo pulido. En unas zonas tenía un color gris verdoso parecido precisamente al de un espejo antiguo, mientras en otras era de un azul semejante al de un zafiro sin tallar. En otras era transparente y claro como un cristal, pero en todos lados tenía como mínimo el espesor de la altura de dos o tres hombres.

El frío les dio de lleno en cuanto salieron de la cuenca y los patines del bote comenzaron a arañar la superficie del espejo de hielo y a chillar como las voces ominosas de los espectros del Subniverso. Era el frío abierto, el frío apagado pero cortante del final del invierno, el frío violento del espacio helado. A todos se les escapó una exclamación involuntaria ante el impacto físico, y se alzaron de inmediato los cuellos de los abrigos o se taparon la boca y la nariz con las bufandas para protegerlas de aquel frío inclemente.

Fith miró al upplander, que estaba tendido sobre la proa. Jadeaba por la combinación de dolor y ejercicio físico, y el calor se le escapaba con el aliento formando grandes nubes espectrales que el viento se apresuraba a arrastrar.

Fith cruzó el bote, que no dejaba de dar sacudidas, en su dirección. Lo hizo caminando con el paso bamboleante propio de un veterano marino de hielo.

—¡Cierra la boca! —le gritó.

El upplander lo miró con expresión de no entenderlo.

—¡Cierra la boca! ¡Respira por la nariz!

—¿Qué?

Fith se arrodilló a su lado.

—El calor se te escapará a chorros del cuerpo si sigues con la boca abierta. Respira por la nariz. Conserva el calor.

Abrió una de las arquetas de hierbas entretejidas y sacó una manta

y unas cuantas pieles. Todas estaban tías por el frío, pero las sacudió con fuerza y luego cubrió con ellas al upplander.

—Por la nariz —le recordó—. ¿No lo sabías? ¿Es que no conoces el frío?

—No.

—Entonces, ¿para qué demonios has venido a esta tierra, si no conocías todos los modos en los que es capaz de matarte?

El upplander no tenía una respuesta para aquello. Ni siquiera tenía fuerzas para intentarlo. Una oleada de dolor renovado se estaba apoderando de él, extendiéndose por todo el cuerpo. Le inmovilizaba hasta los pensamientos, y ni siquiera le permitía disponer de una mínima reserva de energía mental que pudiera utilizar en otras tareas. Jamás había sufrido un dolor semejante, excepto quizá en una ocasión.

Oyó que alguien tocaba un clavecín. El movimiento de las teclas componía una alegre canción que apenas era capaz de captar por encima del chirrido de los patines y de los rugidos de la tripulación de bárbaros.

Oyó sonar el clavecín, y supo que debería saber por qué.

Los balt se lanzaron en su persecución. Lern avisó al grupo en cuanto los vio, y señaló a un punto a popa. Todos divisaron el puñado de botes que salió deslizándose sobre el hielo tras rodear el extremo de la lengua de tierra. Llevaban velas negras, con todo el aparejo preparado para efectuar una incursión de exterminio. Los balt estaban decididos a llevar al exterminio hasta al último de sus enemigos. Fith había albergado la esperanza de que abandonaran la matanza una vez acabara el ataque principal contra el aett.

Pero no. Los balt debían de estar aterrorizados para continuar aquello y lanzarse en su persecución. No iban a cejar hasta que todos y cada uno de ellos estuvieran muertos.

Fith se preguntó qué les habría dicho su gothi. ¿Qué interpretación habría deducido de la aparición de la estrella con cabellera en mitad de la noche? Había sido un rastro de luz que señaló de forma acusadora el territorio de los ascommani. ¿Cómo habría explicado el temblor en la tierra, el sonido provocado por la estrella cuando impactó contra el hielo?

¿Qué les habría dicho a los hersir, al jefe, todos con los ojos abiertos, a las mujeres y a los niños, despertados en mitad de la noche y llorosos por el enorme estruendo?

Fith vio en una ocasión al gothi de los balt, tres años grandes atrás, cuando los balt y los ascommani tenían relaciones comerciales, cuando se

podían visitar los aett respectivos para negociar y trocar cargamentos de pieles, de hierba trenzada y de carne ahumada por balas de hierbas aromáticas, aceite de lámpara, velas de grasa de ballena y lingotes de hierro.

Los jefes se habían reunido de un modo formal, con un intercambio de regalos y muchas reverencias y ceremonias, incluido el recitado de los linajes y de las sagas por parte de los escaldos, y un intenso resonar de los cuernos de bronce de los balt, que sonaban como una mezcla del eco de una cueva marina y un pedo medio contenido.

El gothi de los balt era un individuo flacucho, «más alto que un arco de guerra y la mitad de gordo», como decía el refrán. Tenía una gran y prominente mandíbula, muy parecida a la de una mula o a la de un retrasado. También mostraba numerosos objetos decorativos metálicos que le perforaban los labios, la nariz y las orejas, hasta el punto que parecía sufrir alguna clase de enfermedad que provocara la aparición de forúnculos y llagas.

Llevaba una vara confeccionada a partir del hueso del antebrazo de un oso y un torques de plata. Alguien se había dedicado a entretejerle largas plumas de aves marinas en el cabello largo y lacio, y el conjunto le caía como un manto blanco sobre los hombros. Su voz era débil y aguda.

Se llamaba Hunur.

Sin embargo, siempre hablaba con sensatez. Fith se había acercado a la cabaña del gothi durante el proceso de regateo y trueque y se había unido a los oyentes agrupados alrededor del fuego para escuchar lo que decía. El gothi de los balt sabía muy bien cómo funcionaba el mundo. Habló con claridad y sencillez del Verso y del Subuniverso, como si los propios espectros que lo habitaban le hubieran contado todos sus secretos.

El gothi de los ascommani era una bestia enloquecida. Tenía ataques, y olía como una vaca marina, y lo más probable era que ambos factores hubieran contribuido a su elección como gothi, aunque Fith tenía que admitir que era bueno con las estrellas. En ocasiones daba la impresión de que era capaz de captar el sonido que hacían sus estructuras mientras patinaban sobre el cristal del cielo, pero el resto del tiempo se mantenía de un humor horrible y una actitud enloquecida.

Se llamaba Iolo.

Hunur y él se habían encontrado frente a frente durante la reunión de trueque y se habían olfateado y gruñido el uno al otro como dos focas toro en celo, y luego pasaron todo el tiempo intentando robarse sus secretos entre sí.

Sin embargo, también le había dado la impresión de que sentían

temor el uno por el otro, como si al intentar apoderarse de los secretos mutuos se arriesgaran a contraer una infección.

Así funcionaba la magia. Tenía un lado negativo. La magia era capaz de transformar la vida de un individuo, pero también podía corromperla, sobre todo si no se tenía cuidado, si no la vigilabas, la calmabas y la mantenías contenta. La magia poseía un trasfondo peligroso que era capaz de infectar a cualquier individuo si éste no prestaba atención.

La magia se podía volver realmente peligrosa. Te podía llegar a atacar, aunque fueses el gothi o el hechicero más cuidadoso y perfeccionista.

La peor magia de todas era la magia del cielo, y era precisamente la magia del cielo la que viajaba a bordo, en la proa de su nave.

Fith se preguntó qué les habría dicho el gothi de los balt a su tribu para volverlos tan implacables en su intención de matar.

Lern viró hacia el oeste, a través de la garganta reflectante de la península, bajo la sombra de los riscos de aquella franja de tierra, para salir a la llanura de nieve, la lengua que surgía del gran glaciar.

El hielo era mejor que el agua para escapar. Se podía conseguir diez veces más velocidad con la misma cantidad de trapo. Sin embargo, el esfuerzo necesario para conseguirlo era tremendo. Fith sabía que deberían cambiar de timonel en una hora o menos, o bien dejar descansar a Lern, porque la concentración necesaria era muy intensa. Los ojos de Lern ya mostraban una mirada de cansancio, al menos, lo poco de ellos que Fith fue capaz de ver por encima del cuello de su abrigo.

Cruzaron a toda velocidad un largo *strayke* de la llanura de hielo que tenía el color gris de las escamas de los peces, y luego atravesaron los salientes de nieve donde las puntas de las rocas cuarteadas que formaban las morrenas glaciales sobresalían de la capa de hielo transparente como trozos de hueso partido.

Las naves de los balt se quedaban atrás poco a poco. Un buen bote balt, tallado con hachas utilizando madera marina y huesos de ballena, era una buena nave, pero cualquier bote de los ascommani era superior, y mucho más una nave construida especialmente para el jefe de un aett.

«Quizá consigamos sobrevivir.»

Era una posibilidad todavía bastante remota, y Fith se maldijo a sí mismo por pensar en ello, ya que podría atraer la mala suerte al hacerlo. Quizá podrían dejar atrás por completo a la partida de los balt y encontrar santuario en algún lugar.

Los hradcana eran su mejor opción. Eran una de las tribus más

poderosas del oeste, y tenían numerosos aett repartidos por todo el espinazo rocoso de la llanura de hielo, a menos de un día de distancia de viaje. Además, y lo que era más importante, entre los ascommani y los hradcana existía un acuerdo de paz que había durado hasta ese momento a lo largo de la vida de los últimos seis jefes. Sin embargo, más importante todavía que eso, era el hecho de que los hradcana y los balt se habían enfrentado y habían enrojecido la nieve de forma esporádica desde hacía ya diez generaciones.

Fith notó cómo se le levantaba el ánimo cuando Guthox divisó las primeras velas de los hradcana. Algún vigía los habría visto cruzando a toda la velocidad el hielo y había enviado una señal de cuerno por la cadena de puestos de vigilancia que se extendían por la zona, y el jefe de los hradcana habría ordenado partir a los botes para ayudar a los fugitivos ascommani.

Un momento después, se dio cuenta con una desazón creciente de que esa explicación no concordaba con los hechos.

—Estamos demasiado lejos —murmuró.

—¿Qué? —le preguntó Brom, quien estaba intentando cerrarse la herida con hilo de pescar y una aguja de hueso. Era una tarea demasiado complicada para realizarla con los guantes puestos, pero el frío que traía el viento era demasiado intenso para que las manos desnudas consiguieran moverse con la delicadeza y la precisión necesarias. Lo cierto era que casi estaba empeorando la herida.

—Estamos demasiado lejos todavía como para que ninguno de los centinelas de los hradcana nos haya visto —le explicó Fith—. Han partido porque sabían que vendríamos.

—¡Y una mierda! —bufó Brom.

Fith se fijó bien en las velas de los botes de los hradcana. Las velas era lo primero que se veía de una nave, por lo que a menudo se utilizaban para declarar las intenciones de los que iban a bordo. Una vela amarilla del color de la paja invitaba al comercio y al trueque. Una vela púrpura indicaba el luto de un aett por la muerte de un jefe o de una reina. Una vela blanca, como la que impulsaba el bote de Fith, proclamaba unas intenciones pacíficas o una misión de embajada. Una vela negra, como las que habían utilizado los balt, era una vela traicionera, porque ocultaba la intención de atacar en mitad de la noche, por lo que no respetaba las convenciones habituales.

Una vela roja era una declaración a los cuatro vientos de la intención de matar.

Todas la velas de los hradcana eran de color rojo.

Fith se acomodó en la proa temblorosa, al lado del upplander.

—¿Qué es lo que eres? —le preguntó.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué has provocado que nos ocurriera esto?

—No he hecho nada.

Fith negó con la cabeza pensativamente.

—Velas rojas. Velas rojas. Los gothis de las tribus han hablado entre ellos por el Subuniverso. Los balt nos atacaron, y ahora los hradcana se disponen a atacarnos también. ¿Quién más? ¿Es que has vuelto a todo el Verso en nuestra contra, o sólo están contra ti?

—No sé qué quieres decir —le respondió el upplander.

—¿Querías que tu destino fuera morir aquí? —quiso saber Fith.

—¡No! —le contestó con vehemencia el upplander.

—Bueno, pues por lo que parece, de algún modo te has esforzado para que así sea —le replicó el hersir.

Era un lugar sagrado.

En la capilla se respiraba una curiosa tranquilidad incluso en mitad de la pestilencia de aquel día, el último de una campaña de seis semanas para tomar la ciudadela beocia, cuando todavía se oían a lo lejos cañonazos y el tableteo de las armas cortas.

Kasper Hawser ya lo había sentido en otras ocasiones, allí donde la humanidad había centrado su fe y adoración a lo largo de incontables generaciones: Una catedral en Silesia, aunque en realidad tan sólo quedaba el cascarón vacío, frágil como el papel, que se alzaba en mitad de los escombros y los cascotes blancos y humeantes que quedaban en la cuenca polvorienta provocada por la explosión atómica. Las profundas cuevas con paredes cubiertas de pinturas de Beluchistán, donde una hermandad enclaustrada de sacerdotes había ocultado unos valiosísimos rollos de celulosa donde estaban inscritos sus misterios sagrados, que habían conservado de ese modo a lo largo de la Era de los Conflictos. Los elevados refugios monásticos del Cáucaso, donde los eruditos y los sabios se habían refugiado huyendo de las persecuciones de Narthan Dume. Allí se habían quedado, en el exilio, en aquel retiro ascético en lo alto de sus escondites, contruidos a unas altitudes tan tremendas que desde ellos se veían las zonas de colmenas en expansión del Bloque Caspiano hacia el este y las aguas nanotóxicas del Ponto Euxino al oeste, y la voz de algún dios olvidado flotaba todavía en el viento, en el escaso aire y el cielo luminoso.

Los eruditos habían huido de los dominios panpacíficos de Dume con un valiosísimo cargamento de datos que habían rescatado con un esfuerzo tremendo de la biblioteca del tirano antes de que efectuara una de sus purgas de información. Se rumoreaba que parte de ese material era anterior a la propia Era Dorada de la Tecnología.

Cuando Hawser y sus colegas conservadores lograron localizar por fin aquellos refugios, se encontraron con que los datos habían desaparecido hacía ya mucho tiempo. Aquel tesoro de libros y de registros digitales se había degradado hasta convertirse en simple polvo.

«Cuanto más domina la humanidad, más descubre que debe ser dominada. Cuanto más aprende, más recuerda lo que ha olvidado.»

Fue Navid Murza quien dijo aquello. Hawser jamás se había llevado bien con Murza, y las diversas ocasiones a lo largo de su carrera en las que se habían visto obligados a trabajar juntos habían generado un desdén amargo e inamovible entre ambos.

Sin embargo, no se podía poner falta alguna a la pasión investigadora de Murza. La fogosidad de su entusiasmo era equiparable a la del propio Hawser.

—Hemos perdido más de lo que sabemos ahora mismo, y cada vez estamos perdiendo más. ¿Cómo podemos enorgullecernos de nuestros avances como especie cuando destacamos por nuestra capacidad de aniquilar, y además, ni siquiera conseguimos mantener la más rudimentaria continuidad de conocimiento con nuestros antepasados?

Murza estaba con él aquel día, en Beocia. Ambos habían recibido sus puestos en el equipo de conservadores de manos del Consejo de Unificación. Ninguno de ellos había cumplido todavía trece años. Los dos eran jóvenes e idealistas en el sentido más vacío e inexperto, a ambos les escocía el hecho de que el otro hubiera conseguido el puesto, de que fuera un empate en vez de que hubiera ganado uno y el otro hubiera perdido.

A pesar de ello ambos eran profesionales.

Las fuerzas yeselti, que se retiraban, habían dejado minada la inmensa refinería que se alzaba a ocho kilómetros de donde ellos se encontraban, y el fuego resultante había cubierto aquella esquina de Terra con un manto de mortífero humo negro, una capa pegajosa de restos petroquímicos carcinógenos tan espesa como una niebla oceánica y tan venenosa como un pozo de plaga. Los conservadores tuvieron que utilizar monos aislantes para atravesar la neblina tóxica llevando los jadeantes pulmones artificiales en la mano, como si fueran maletas. Los aparatos

estaban conectados a los morros de las máscaras mediante unos tubos arrugados de aspecto paquidérmico.

Los dioses de la tumba se alzaron ante ellos en mitad del humo. También llevaban puestas unas máscaras.

Se quedaron quietos durante unos instantes, contemplando a los dioses, tan inmóviles como aquellas estatuas antiguas. Unas máscaras divinas de jade y oro, y unas piedras lunares engastadas devolvieron la mirada a las máscaras de plastek y ceramita, y a las lentes sin vida de visión mecánica.

Murza dijo algo, pero quedó convertido en un barboteo húmedo que sonó detrás de su visor.

Hawser jamás había visto nada parecido a los dioses de aquella capilla beociana. En realidad, ninguno de ellos lo había hecho. Oyó los zumbidos y los chasquidos de las pantallas de varios de los miembros del equipo cuando accedieron a las memorias de los bancos de datos en busca de imágenes comparativas.

«No encontraréis nada», pensó Hawser. Le faltaba la respiración, y no se debía a la estrechez de la máscara o al olor de aire estancado que salía de los pulmones artificiales. Había escaneado las inscripciones de grafemas que cubrían las paredes del santuario, e incluso un simple vistazo rápido le había indicado que allí no había nada de lo que habían esperado encontrar. No eran formas raíces altaicas, ni túrcicas, tungúsicas o mongólicas.

Los pictógrafos que llevaban consigo comenzaban a resultar inoperantes debido al aire cargado de hollín y de otros restos, y las cápsulas de energía empezaban a fallar a diestro y siniestro. Hawser ordenó a dos de sus subalternos que tomaran copias por frotación de las inscripciones. Ambo se volvieron hacia él y lo miraron con una expresión perpleja visible a pesar de las máscaras. Tuvo que enseñarles cómo se hacía. Cortó varias hojas de plastek en pequeños cuadrados, y luego utilizó el lado de un marcador de cera para ladrillos para frotar uno de los cuadrados contra el pequeño relieve que formaban las marcas del muro.

—Como en la escuela —comentó uno de sus subalternos.

—Poneos en marcha —los urgió Hawser.

Comenzó a examinar el lugar por su cuenta y ajustó la intensidad macular de sus lentes. Era imposible saber qué antigüedad tenía el santuario sin tener la posibilidad de llevar a cabo unas cuantas pruebas de laboratorio. ¿Mil años? ¿Diez mil? Al quedar expuesta al aire había comenzado a degradarse con rapidez, y el humo petroquímico corro-

sivo estaba destruyendo algunos detalles de las superficies ante sus propios ojos.

Deseó estar a solas aunque fuera un minuto.

Salió al exterior recorriendo el tramo de cueva por el que habían entrado. El Conflicto Beocio había permitido el descubrimiento de aquel tesoro. El lugar había quedado a la vista debido a la explosión de una serie de cargas de submunición y no a la excavación diligente y cuidadosa de un arqueólogo. Si no hubiera sido por la guerra, nadie lo habría encontrado, y debido a la guerra, estaba desapareciendo.

Hawser se quedó a la entrada y dejó el pulmón artificial en el suelo, a su lado. Tomó un sorbo de líquido nutriente del alimentador de la máscara y luego limpió las lentes empañadas con un chorro de limpiador manual.

El resplandor del combate en la ciudadela beociana que se libraba al norte de donde él se encontraba iluminaba el ominoso techo negro que formaba el cielo nocturno. Era una hoguera con forma de ciudad. La oscuridad de la inmensa capa de humo lo rodeaba por completo, tan espesa como la propia Vieja Noche. A lo lejos se veían grandes columnas de llamas cada vez que el humo dejaba un hueco al ser arrastrado por el viento.

Pensó con ironía que aquél era el aspecto que tenía la gran Era de la Unificación.

Según los tratados de historia publicados, que ya se estaban utilizando para dar clases en las scholam, aunque pareciera increíble, las gloriosas Guerras de Unificación habían acabado con la Era de los Conflictos hacía ya más de un siglo y medio. Desde ese momento, habían transcurrido más de ciento cincuenta años de paz y de renovación mientras el Emperador dirigía la Gran Cruzada por toda la galaxia tras partir de Terra con la intención de volver a reunir los planetas perdidos y dispersos a lo largo de la diáspora de la humanidad.

Eso era lo que decían los tratados de historia. La realidad no era tan sencilla. La historia tan sólo registraba los trazos más gruesos y las fases generales de desarrollo, y asignaba unas fechas casi arbitrarias a los logros humanos, que normalmente se conseguían en unos plazos mucho menos definidos. Las consecuencias de las Guerras de Unificación todavía se notaban por toda la superficie del planeta. La Unificación se había declarado con una fanfarria triunfante cuando ya no existió potencia o caudillo alguno que tuviera ninguna clase de esperanza en derrotar a la impresionante maquinaria de guerra imperial. Sin embargo, eso no había

impedido la aparición o la permanencia de diversos estados feudales, creencias religiosas, naciones lejanas o autócratas tercios que se esforzaban por proteger y conservar sus pequeños reductos de independencia. Muchos, como la familia Yeselti, de Beocia, se habían mantenido en el poder a lo largo de decenios mediante negociaciones y connivencias logradas a pesar de los tratados, los acercamientos y cualquier otra clase de esfuerzo diplomático que se hubiera intentado para hacer que permanecieran bajo el gobierno imperial.

La historia de aquellos acontecimientos demostraba que el Emperador, o al menos sus consejeros, poseían una enorme paciencia. Tras las Guerras de Unificación, se habían realizado esfuerzos en los niveles más elevados de gobierno para resolver los conflictos sin el uso de la violencia, y la familia Yeselti no eran unos tiranos o unos déspotas. Simplemente era una antigua casa real que se esforzaba por mantener su existencia independiente. El Emperador les concedió la gracia de un siglo y medio para que aceptaran los hechos, un período de tiempo muy superior al de muchos imperios de la propia Terra.

La historia también demostraba que la paciencia del Emperador tenía sus límites, y que cuando se acababa, lo mismo ocurría con su misericordia y su contención.

El ejército imperial había atacado Beocia para detener a la familia Yeselti y anexionarse el territorio. El equipo de conservadores acreditados al que pertenecía Hawser no era más que uno de los centenares que se habían asignado a la retaguardia del ejército a medida que éste avanzaba, junto los grupos de médicos, operarios de apoyo, renovadores, ingenieros e iteradores.

«Para recoger los restos.»

El micrófono incorporado a la máscara de Hawser emitió un chasquido.

—¿Sí?

Era uno de los subalternos más jóvenes.

—Hawser, entra. Murza tiene una teoría.

Murza, que seguía en el interior del santuario, estaba iluminando unas acanaladuras en ángulo que habían sido talladas en la propia roca de las paredes. Las motas de polvo bailaban en el interior del chorro de luz e indicaban con su movimiento que había una corriente de aire.

—Son respiraderos. Alguien utiliza este lugar —comentó Murza.

—¿Qué?

—Este lugar no es una simple reliquia en desuso. Es un sitio anti-guero, por supuesto, pero lo han utilizado hasta hace muy poco.

Hawser observó a Murza mientras éste deambulaba por la estancia estudiándolo todo.

—¿Y las pruebas? —le preguntó.

Murza señaló los cuencos votivos de diversos tamaños que salpicaban el borde del estrado del altar.

—Ésos tienen ofrendas de grano y de pescado, y también hay resina de copal. Incluso mirra, o eso creo. Los sensores indican que las muestras de carbono no tienen más de una semana de antigüedad.

—Cualquier análisis del carbono resultaría poco de fiar en este ambiente —le contestó Hawser—. La máquina se equivoca. Además, mira en el estado en que se encuentran. Están calcificadas.

—Las muestras se han degradado debido al estado ambiental —insistió Murza.

—Ah, ya. Así que el ambiente te vale en cualquiera de los casos. ¿Por qué no? —resopló Hawser.

—¡Mira bien este lugar! —le espetó Murza, irritado, mientras señalaba a su alrededor con una mano enguantada, en un gesto cargado de exasperación.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué es lo que propones? —quiso saber Hawser—. ¿Una serie de ritos religiosos ocultos que se llevaban a cabo al margen de la sociedad beociana, o una tradición privada permitida por los Yeselti?

—No lo sé —admitió Murza—. Pero todo este lugar existía para proteger algo, ¿verdad? Tenemos que hacer llegar a un excavador hasta aquí. Tenemos que intentar llegar al hueco que hay detrás de las estatuas.

—Lo que tenemos que hacer es examinar, catalogar y retirar las estatuas de un modo metódico —lo contradujo Hawser—. Pasarán semanas mientras comenzamos los tratamientos de conservación, y sólo después podremos sacarlas de ahí pieza a pi...

—No puedo esperar tanto.

—Vaya, Navid, pues lo siento, pero así es como hay que hacerlo —insistió Hawser—. Las estatuas tienen un valor incalculable. Son lo primero que debemos conservar.

—Sí, es cierto, tienen un valor incalculable —aceptó Murza.

El conservador se acercó a los dioses solemnes y silenciosos del lugar. Los colaboradores más jóvenes lo observaron con atención. Unos cuantos de ellos llegaron a soltar exclamaciones de asombro cuando se subió a la base del altar y colocó con cuidado el pie para no mover ninguno de los cuencos votivos.

—Baja de ahí, Murza —dijo uno de los investigadores de rango superior.

Murza se subió al segundo escalón de la base del altar y quedó casi a la altura de los ojos de los dioses que los observaban.

—Sí, tienen un valor incalculable —repitió. Luego alzó la mano derecha y señaló con cuidado las relucientes piedras lunares que hacían las veces de ojos de la efigie más cercana a él—. Mirad los ojos. Son muy importantes, ¿no creéis? Tan reveladores...

Miró hacia atrás, por encima del hombro, al grupo que lo observaba expectante. Hawser tuvo la certeza de que Murza estaba sonriendo, a pesar de que la máscara le tapaba por completo la cara.

—Bájate de ahí, Navid —le dijo.

—Miradles los ojos —añadió Murza sin hacer caso de la orden—. A lo largo de los siglos siempre han tenido el mismo significado para nosotros, ¿verdad? ¡Vamos, es algo básico! ¡Que alguien responda!

—Protección —musitó uno de los colaboradores más jóvenes con voz incómoda.

—No te oigo, Jena. ¡Habla más alto!

—El ojo es un símbolo apotropaico —los interrumpió Hawser con la esperanza de acabar con el tema y con la fanfarronería de Murza.

—Sí, así es —le confirmó su compañero—. Kas lo sabe. Gracias, Kas. El ojo lo salvaguarda algo. Se utiliza para proteger. Se coloca en los lugares para ahuyentar el mal y cualquier posibilidad de daño, para mantener a salvo aquello que más valoras. —Recorrió de nuevo con la punta de los dedos el contorno del ojo inmóvil—. Lo hemos visto en muchas ocasiones, y todas ellas no son más que variaciones del mismo diseño. ¡Fijaos en los valores de las proporciones! La forma del ojo, la línea de la ceja, esto podría ser un ejemplo estilizado de un *nazar boncugu* o de un *wedjatk*, y no está ni a un millón de kilómetros del Ojo de la Providencia que con tanto orgullo aparece en lugares como el Gran Sello del Consejo de Unificación. Éstos son dioses protectores de la hostilidad. No cabe ninguna duda.

Se bajó de un salto del altar, y a algunos miembros del grupo se les escapó una exclamación de alarma, pero Murza no rompió, ni siquiera llegó a mover, ninguno de los cuencos colocados allí y que mantenían un cierto equilibrio precario.

—Dioses de la hostilidad. No entréis, manteneos lejos —declaró.

—¿Has terminado? —le preguntó Hawser.

—Kas, las pupilas son piezas de obsidiana —le contestó Murza con

impaciencia mientras se le acercaba—. Si te acercas tanto como yo, pon tus lentes mecánicas en una resolución adecuada y verás que están talladas. Un círculo alrededor del borde, con un punto en el medio, y ya sabes lo que quiere decir eso.

—El circumpunto —le contestó en voz baja.

—¿Y qué representa? —lo presionó Murza.

—Prácticamente lo que tú quieras. El disco solar. El oro. Una circunferencia. Una mónada. Una señal diacrítica. El átomo de hidrógeno.

—¡Oh, por favor, Jena, ayúdalo! —exclamó Murza—. ¡Se está resistiendo!

—El ojo de dios —añadió la joven con cierto nerviosismo—. La singularidad que lo ve todo.

—Gracias —le dijo Murza antes de volverse para mirar directamente a Hawser. La mirada de los ojos que se entreveían detrás de las lentes era muy intensa, casi feroz—. Dicen que te mantengas lejos de aquí. Que nos quedemos fuera. Te veo. Soy capaz incluso de ver tu alma. Soy capaz de devolver contra ti cualquier mal que me lances. Puedo leerte el corazón. Puedo mantenerte a raya porque soy el poder y el conocimiento, soy la protección. Sí, Hawser, las estatuas tienen un valor incalculable, pero son dioses de hostilidad. Están guardando algo. ¿Tú qué valor crees que puede llegar a tener algo que se protege con unas estatuas que tienen un valor incalculable?

Todos se quedaron callados durante unos momentos. La mayor parte de los miembros del equipo se removieron inquietos.

—Son un grupo familiar —le contestó Hawser en voz baja—. Son una representación de la línea dinástica. Un retrato con forma de estatuas. Se ve con claridad el dimorfismo de género, las diferencias de estatura, y las distintas posiciones que ocupan, lo que determina las relaciones dentro de la familia, las jerarquías y las obligaciones. Las figuras de mayor estatura se encuentran en el escalón más alto, un hombre y una mujer, los más elevados y majestuosos, debajo de ellos unos niños, quizá dos generaciones en total, con sus propias familias y sirvientes. El primer hijo y la primera hija tienen preeminencia. Es un registro de linaje y de descendencia. Son un grupo de familia.

—¡Pero los ojos, Kas! ¡Por favor!

—Estoy de acuerdo, son atropopaicos. ¿Qué es lo que pueden estar protegiendo? ¿Qué podría tener más valor que la efigie de oro y jade de un rey dios, de su reina, y de sus hijos e hijas divinos?

Hawser pasó al lado de Murza y se quedó delante del altar.